

Cuando Juan Rebollo me planteó que su nueva novela estaba plagada con contenido espiritual, religioso, el azar me hizo abrir el libro por una página donde lo que leí, a bote pronto, no se correspondía con la definición que el autor me acababa de dar. Ni de lejos.

La escena no invitaba, ni mucho menos, a la meditación trascendental y ni siquiera al recogimiento.

Al acabar de leer la obra comprendí la exactitud de la definición que Juan me había dado y cuan profunda la reflexión que contenía, fruto de una realidad vital o de la capacidad de inventiva del novelista. No lo sé. Quizás él no lo explique a continuación.

Lo que sí deja claro es que el accidente de leer un solo párrafo aislado y sin contexto no justifica una idea del conjunto de una obra, que la actuación a ese bote pronto es uno de los grandes males de nuestra sociedad y que hay que no renunciar al esfuerzo, en este caso a la lectura de una novela, para poder tener una idea clara de cómo son las cosas.

Hace dos domingos, Antonio Muñoz Molina hacía en "El País" una encendida defensa de la meritocracia. En el artículo planteaba al mérito como elemento esencial para salir de la situación de descrédito y deterioro de la función pública y concluía que este, el mérito, "sostiene la plenitud vital de quien lo posee y lo ejerce y al mismo tiempo mejora modestamente el mundo, el espacio público y común de la ciudadanía democrática".

Confiaba mucho Muñoz Molina en la implantación de ese mérito a través del cambio en las leyes y los hábitos de la política, pero no concretaba quiénes podrían llevar a cabo esa transformación cuando, reconocía, eran precisos otros cambios "más sutiles, que tienen que ver con profundas inercias de nuestra vida pública, con esas corruptelas o corrupciones veniales que casi todos, en grado variable, hemos aceptado o tolerado".

Viene a cuento traer aquí ese alegato del autor de "Ardor guerrero" para contextualizar la obra de Juan Rebollo.

Juan ha dicho de "Bajo el cielo protector" que es una historia de fuerte espiritualidad, en una sociedad en la que los valores cotizan a la baja, en un momento en el que ser religioso no se lleva y cuando la acción se impone a la

reflexión".

Juan trata de desmarcarse de modas y reivindica valores eternos en un momento de amodorramiento, individual y colectivo, tal y como él lo describe.

Pero creo que utiliza, en cierto modo, esa sensación de crisis que nos embarga cada pensamiento y cada acción para hacer una reivindicación también menos espiritual, para llevarnos a una reflexión intelectual, donde coloca al personaje principal de su novela como una persona de éxito, hecha a sí misma, capaz de afrontar los retos, el principal de ellos el de tomar decisiones en momentos trascendentes y el de ejercer su mérito en una España donde, y cito al propio Juan poco antes de presentar la obra en su pueblo, que es el malagueño de Mollina, hay que recuperar los valores eternos "porque la gente hoy está desorientada".

No me corresponde a mí, por posición en este acto y por más aún por incapacidad, hacer una crítica de la novela de Juan Rebollo.

Más bien me debo situar en el plano de hacer un esbozo de lo que el lector se va a encontrar en su interior, guardando la debida medida de no destripar la trama.

El hilo conductor de la narración es Daniel Domínguez Guzmán, un andaluz que como otros muchos hizo mérito de sus capacidades y triunfó en Madrid. Y también como otros muchos andaluces de la época tardofranquista pasaron por el seminario y conocieron allí sus primeros atisbos de una vida que no era como la que había recorrido en el entorno rural que les había marcado hasta ese momento.

Hoy son muy reconocibles los Daniel Domínguez que pueblan el mundo laboral, al que llegaron, en muchos casos tras pasar por la Universidad, y que los mantiene por la posición que ganaron gracias a ella, alejados del mundo de los muertos vivientes laborales que cada vez más transitan nuestras ciudades y pueblos, no buscando carne humana fresca a la que contagiar, como ocurre en cualquier aventura de zombis (ahora tenemos en pantalla la quinta temporada de The Walking Dead), sino demandando desorientados un puesto de trabajo.

Daniel, como muchas personas de su época, salió del ámbito rural y se forjó una carrera de éxito en un momento épico de la historia de España, como fue el que antecedió a la primera victoria socialista en unas elecciones generales tras la reinstauración democrática que se plasmó en la Constitución de 1978, aquella de la que tan orgullosos estábamos todos y que ahora nos quieren hacer parecer que no sirve para nada, que pasa de la letra muerta a la necesidad de abrir candados, cuando hasta hace poco nos creíamos protagonistas de un ejemplo mundialmente exportable de tránsito de una dictadura a una democracia.

Aunque la historia parte del mismo nacimiento de Daniel, allá en la década de los cincuenta del siglo XX, se resuelve poco después del 28 de octubre de 1982, aunque no en el Madrid de la Transición en el que se desarrolla parte de la trama y al que le siguió uno de sus hermanos, Juan, también a través de la ruta del éxito, sino en la Málaga de esa época.

Santiago, el tercero de los hermanos, apostó por permanecer en el núcleo familiar de Llano de Tiberia, el pueblecito malagueño que es el lugar de partida de la historia, donde la narración vuelve para darle el giro que la orienta hacia el final que busca el autor y que se sitúa como referencia ancestral del protagonista principal y de los secundarios.

Cierran el círculo familiar que forma el núcleo de personajes dos mujeres trascendentes, además, en la historia: Ana, la madre de los hermanos, y Magdalena, la compañera de Daniel.

La novela de Juan Rebollo no busca dificultar su lectura ni enmascararse dentro de un lenguaje complicado. Cuidando la narración, respetando escrupulosamente a la literatura, la novela discurre entre personajes, hechos y épocas hasta llegar a un final probablemente inesperado para el lector pero, una vez conocido, perfectamente coherente con el planteamiento del autor.

Introduce un elemento que me es personalmente de buen gusto, como es el uso de la epístola, como son las cartas que se intercambian unos protagonistas, como técnica narrativa, lo que coadyuva a mantener un ritmo discursivo que podría derivarse complicado de otra forma en el tono reflexivo.

Juan tiene un gran sentido de cercanía a la hora de escribir. Sitúa a Llano de Tiberia en su natal provincia de Málaga, como centró la acción de sus anteriores obras, "Claveles rojos" y "La rosa de Gibraltar", en esta última zona gaditana que tan bien conoce por su trabajo como periodista y donde estuvo en la primera fila de lo que aconteció alrededor del submarino nuclear británico "Tireless", hecho que le inspiró "La rosa de Gibraltar", su primera novela, editada en 2008.

De ese sentido territorial se escapa "El diagnóstico", con el que empieza a recorrer un camino continuado a través de la novela que le lleva a publicar desde entonces, allá por 2012, tres obras en tres años.

Pero frente a "La rosa de Gibraltar", "El diagnóstico" y "Claveles rojos", sospecho que "Bajo el cielo protector" se aleja de la temática que se asemeja al género del suspense, el "thriller", y se introduce en la espiritualidad y en la realización personal. El propio autor reconoce que se sitúa en la línea de la corriente del padre del existencialismo, el filósofo danés Soren Kierkegaard, en la que la condición humana marca el propio significado de la vida desde la libertad y la responsabilidad individual.

No creo que Juan Rebollo haya perdido ni frescura ni agilidad en su prosa por este tránsito, sino, que, al contrario, mantiene ambos atributos vinculando su objetivo espiritual con su narrativa.

Buen ejemplo de ello es la reflexión que el autor coloca en la mente del protagonista principal, Daniel, cuando regresa obligado por circunstancias familiares a su natal Llano de Tiberia: "Meditó acerca –se lee en la novela- de que él también podría haber sido uno más de los hombres del pueblo que a aquellas horas dormitaban delante de una chimenea o alrededor del brasero, guarecidos en su particular visión de la vida, su propia medida del tiempo y su peculiar interpretación de las circunstancias, ajenos a movimientos culturales y a corsés intelectuales".

Al que les habla le gusta que sea el autor el que cobre el protagonismo de la presentación.

Antes de cederle el turno a Juan, quisiera hablarle un poco sobre él, sobre el autor de "Bajo el cielo protector". Juan es ahora escritor y quizás se siga sintiendo periodista. Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, durante cerca de treinta años ha ejercido profesionalmente el periodismo desde que comenzó en "Informe Semanal", de Televisión Española.

Desde entonces, ha pasado por Diario SUR, de Málaga, Área, en el Campo de Gibraltar, y la Radio y Televisión de Andalucía, Canal Sur, donde desempeñó varios cargos de responsabilidad directiva.

En 1990 recibió la Mención de Honor a la Labor Periodística Continuada del Ministerio de Cultura y el Premio Andalucía de Periodismo.

Le sonará el título de la obra que hoy nos presenta. "El cielo protector" es una novela de Paul Bowles, de 1949, llevada al cine en 1990 por Bertolucci. En el interior de la obra de Juan encontrarán cómo se vinculan ambas, pero les puedo asegurar que la de nuestro escritor no tiene la tristeza del texto de Bowles.

Por el contrario, atesora una gran carga de fe. Fe en lo divino, en lo desconocido, en lo que supera el raciocinio humano, en lo que sólo la creencia permite hacerlo parte de la vida de las personas. Y fe también en la persona misma, en sus capacidades, en su mérito, en su suficiencia para decidir y resolver.

Viene a denostar lo que otra periodista, Mayte Carrasco, a la sazón también corresponsal de guerra, recoge en otra novela, "Espérame en el paraíso", en una frase que ni escrita para vincular a la obra de Juan Rebollo: "Todo era posible –pone Mayte en boca de la protagonista, Yulia- en un mundo en el que el escepticismo se había convertido en nte DkM ñD(Meñ"UúT(DDkMrñ"YúU)YGV

Afortunadamente, y lo digo desde fuera, en la actualidad está bajo la presidencia de una persona, Federico Roca, que recoge el perfil intelectual que durante mucho tiempo ha sido referencia en el Círculo, que en su día aglutinó a los casinos conservador y liberal de la ciudad.

Este Círculo que hoy hace gala a ese nominal que se unió a la denominación de "amistad", como es el de ser liceo artístico y literario, que forma parte indisoluble de las manifestaciones culturales, políticas y económicas de Córdoba desde hace 160 años.

Un Círculo que forma parte de la historia más allá de la de esta ciudad. Entre estos muros se desarrollaron actos trascendentes, como el discurso de Alfonso XIII de 1921, que es tenido como preludio del golpe militar de Primo de Rivera de dos años después, o la Asamblea de Córdoba de 1933, donde se elaboró el anteproyecto de bases del Estatuto de Autonomía para Andalucía de la II República.

Esto es historia, pero el presente de la entidad tiene un perfil muy definido en el progreso del decidido compromiso de Federico Roca, al que me une una vieja relación y al que quiero agradecer personalmente su disposición a participar hoy en la presentación del libro de Juan, una actitud que forma parte del bagaje con el que está cincelandando la realidad del Círculo.

"Bajo el cielo protector" es, quizás, una novela fuera de los cánones de nuestros días, una obra que se sale de estereotipos comerciales que hacen caja y que probablemente tampoco entra en arquetipos para recibir el plácet de la oficialidad religiosa.

Quizás en ello esté el gran mérito de esta obra de Juan Rebollo.

Muchas gracias.